

20.º domingo ordinario C

¡Oh Dios!, que has preparado bienes inefables para los que te aman; infunde tu amor en nuestros corazones, para que amándote en todo y sobre todas las cosas, consigamos alcanzar tus promesas, que superan todo deseo. (Oración colecta)



Primera lectura

Jeremías 38,4-6.8-10

En aquellos días, los príncipes dijeron al rey: – Muera ese Jeremías, porque está desmoralizando a los soldados que quedan en la ciudad, y a todo el pueblo, con semejantes discursos. Ese hombre no busca el bien del pueblo, sino su desgracia. Respondió el rey Sedecías: – Ahí lo tenéis, en vuestro poder: el rey no puede nada contra vosotros.

Ellos cogieron a Jeremías y lo arrojaron en el aljibe de Melquías, príncipe real, en el patio de la guardia, descolgándolo con sogas. En el aljibe no había agua, sino lodo, y Jeremías se hundió en el lodo.

Ebedmelek salió del palacio y habló al rey: – Mi rey y señor, esos hombres han tratado inicualemente al profeta Jeremías, arrojándolo al aljibe, donde morirá de hambre (porque no quedaba pan en la ciudad).

Entonces el rey ordenó a Ebedmelek: – Toma tres hombres a tu mando, y sacad al profeta Jeremías del aljibe, antes de que muera.

Segunda lectura

Hebreos 12,1-4

Hermanos y hermanas: Una nube ingente de espectadores nos rodea; por tanto, quitémonos lo que nos estorba y el pecado que nos ata, y corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús, que, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, sin miedo a la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del Padre. Recordad al que soportó la oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo. Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: He venido a prender fuego en el mundo: ¡y ojalá estuviera ya ardiendo! Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla! ¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz? No, sino división.

En adelante, una familia de cinco estará dividida: tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos: el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.

Meditación

Fuego es el poder de Dios que purifica; es el poder de transcendencia y santidad de Dios que va quemando la impureza de los hombres, que destruye la altivez de los soberbios de la tierra, que acrisola desde dentro. Pensando en esto no se puede aludir a ningún tipo de ardor sentimental, sencillamente interno. El fuego se concibe como el medio (origen) de la inmensa catástrofe del cosmos, o se precisa como signo del castigo de Dios sobre los hombres pervertidos de la tierra.

Nuestro texto es testimonio de una concepción en la que Jesús aparece como el portador del fuego de Dios sobre la tierra. En este sentido, su misión fundamental consiste en purificar la vieja comunidad, separando el trigo de la paja, acrisolando lo que es bueno y destruyendo aquello que se encuentra pervertido. Sólo quien haya comprendido que Jesús, portando amor, destruye (o significa la destrucción para lo malo) puede valorar el evangelio. La palabra de Jesús no es simple fuente de emoción sentimental, es fuego (juicio) de Dios sobre la tierra.

Todo esto puede parecer escandaloso; Dios vendría a juzgarnos desde fuera, sin haberse identificado (comprometido) con la tierra. Para disipar esa impresión se ha introducido la sentencia que sigue: "Tengo que pasar por un bautismo" (12,50). Recordemos que, siguiendo las palabras de Juan que están al fondo de todo nuestro texto, el bautismo se identifica con el fuego. Por eso, el afirmar que Jesús tiene que ser bautizado significa que debe "pasar por el fuego".

El fuego de la purificación, la fuerza que destruye con dolor el mundo viejo y que suscita la nueva realidad, no es algo que Jesús haya traído desde fuera. El fuego de Jesús sobre la tierra es un camino de amor durante el tiempo de la vida, su compromiso de dolor en el Calvario y su esperanza de una nueva realidad por medio de la Pascua. Quien pretenda vislumbrar la fuerza destructora de ese fuego tiene que volverse hacia la cruz; más que en toda la caída del cielo y las estrellas, más que en todos los tormentos del infierno, es precisamente aquí donde se viene a desvelar la fuerza purificadora de Dios, su seriedad respecto de los hombres, su infinita dureza, su exigencia. Pero, al mismo tiempo, hay que añadir que sobre el fuego de la cruz ha florecido la semilla de la Pascua, es decir, el comienzo de la nueva realidad. Sólo al trasluz del infierno tiene realidad y validez el cielo.

Sobre el fondo de las afirmaciones anteriores se comprende el sentido de la "paz" que el Cristo ha introducido sobre el mundo. Ciertamente, es obra de Jesús la paz mesiánica (la unión de los dispersos, la justicia plena y la concordia). Pero esa paz tendrá sentido y validez en la medida en que implique una auténtica catarsis, una superación de todos los concordismos aparentes, un juicio destructor que rompe todas las justicias falsas. Jesús ha venido a separar a los hombres, desgarrando los vínculos de una familia fundada sólo en la unidad de la sangre y egoísmo. Quien haya recibido toda la dureza de ese juicio separador será capaz de edificar la nueva familia de Jesús, enraizada en el amor a los demás, el reino.